

CAPITULO LXXXI.

LA CAPITULACION.

Los sucesos del Hotel de Ville ¿movieron á capitular al gobierno de París? El mismo dia veinte y dos en que la guerra civil ensangrentaba los alrededores del palacio republicano, Trochu dimitia su cargo de general en jefe y gobernador militar. A su vez Vinoy, que tomara Montretout y lo sostuviera el mayor tiempo posible, era nombrado en reemplazo del dimisionario. Estas evoluciones de última hora no satisfacian á la opinion pública, desalentada ya, en vista de los obstáculos innumerables que la salvacion de París encontraba. Al mismo tiempo los víveres disminuian con tal rapidez que dos millones de criaturas humanas se hallaban expuestas á morir por hambre como aquellos infelices judíos del sitio de Jerusalem que echaron suertes sobre los cuerpos de los pequeñuelos y se comieron á sus hijos. A estas angustias sentidas bajo una granizada espesísima de bombas se unian los partes del exterior. Algunas palomas, que habian levantado su vuelo sobre el Océano de candente plomo esparcido por la atmósfera de París, llevaban bajos sus blancas alas pequeños

CAPITULO LXXXI.

LA CAPITULACION.

pergaminos, donde iban escritas las adversas nuevas del retroceso general de todos los ejércitos franceses. En vista de tantos desastres, desgarrados por desesperante dolor, temiendo que la historia les diese en rostro con la destruccion de la primera entre las ciudades modernas, los miembros del gobierno provisional decidieron la inmediata capitulacion. Detengámonos un momento en presencia de este suceso. Cuando un pueblo ha ocupado el trono altísimo de Francia no debe de él bajar, sino despues de haber intentado el esfuerzo último y el supremo sacrificio. Guillermo de Orange prefiere que las ondas del Océano se traguen Holanda á que la huellen los ejércitos extranjeros. ¿Viviria Holanda sin esta decision bárbara pero heroica? El ruso humillado por Napoleon quema á Moscow. La ciudad santa de los moscovitas ¡ay! es un monton de cenizas, pero sobre esas cenizas se alza el espíritu, la vida, la honra, la independencía de una raza. ¿Qué esperanzas teniamos nosotros de vencer al gigante conquistador de nuestro



siglo, cuando todas las naciones eran sus víctimas, y todos los reyes sus cortesanos? Ninguna. Mas preferimos enterrarnos en los desfiladeros del Bruch, bajo las ruinas calcinadas de Zaragoza y de Gerona destruidas, á ser trofeos de conquistas, y esclavos de conquistadores. Cuando el mártir de la raza negra, Louverture, aconseja á los suyos que antes de volver á la antigua servidumbre, quemaran los bosques, destruyeran las viviendas, hasta morir todos matando, aconsejaba aquel Espartaco de nuestro siglo, cuya grandeza crece con el tiempo, la eterna conducta que deben seguir en momentos decisivos y supremos todos los oprimidos contra todos los opresores. El hombre no vive un día. Sus ideas y sus acciones trascienden á todos los siglos. Y para pensar con elevación de inteligencia y proceder con grandeza de ánimo debe el hombre convertir los ojos á los tiempos futuros, y sacrificar, si así lo exige el deber, á esos tiempos ilimitados, eternos, la vida de un día. Porque creo que después de haber luchado en esta tierra con tantas y tan acerbas desgracias, no podemos esperar reposo ni en brazos de la muerte, si hasta por las concavidades del sepulcro nos persiguen los anatemas de la posteridad.

El gobierno de París, si no pudo llegar á una victoria, debió llegar á un sacrificio. Pero el día 23 de Enero ya estaba decidida la capitulación. Serían las ocho de la noche, cuando Julio Favre entraba en la ciudad de Versalles, córte del nuevo Emperador de Alemania. Ya antes había intentado este viaje. Mas creyendo Bismark que iba á tratar de la conferencia de Londres, no prestó oído á su demanda. Solamente al saber que de la paz y de un armisticio se trataba, convino en la entrevista. Acababa de comer el ministro del Imperio, al punto que el ministro de la República descendía á la puerta de su alojamiento. Los cabellos de Favre blanquean como si hubiera caído sobre ellos la nieve de un siglo. Honradas arrugas atraviesan su rostro amarillento

y demacrado, surcos abiertos en la faz por el trabajo interior de ideas siniestras. Sus lábios aparecen contraídos por sonrisa amarguísima, como la sonrisa de un cadáver. Los ojos sólo muestran vida, pero la vida de la fiebre. No hay tormentos materiales, ni los infinitos inventados por las imaginaciones místicas de la Edad Media, en sus pinturas del infierno, que puedan compararse con los tormentos de ese hombre. Las últimas palabras de la conversación tenida en Ferrieres con el Canciller del Imperio, debían resonar en sus oídos como la trompeta del juicio en los oídos de los réprobos; «no cederemos ni una pulgada de nuestro territorio ni una piedra de nuestras fortalezas.»

La primera petición de Julio Favre fué la salida de las tropas parisienses con todos los honores de la guerra. Negóse Bismark á ello con negativa inapelable. La segunda fué que le evitaran á París la humillación de ver las tropas y las banderas alemanas dentro de sus muros. Bismark convino; pero á condición de que París pagaría doscientos millones de francos, y entregaría al vencedor todos sus fuertes, declarándose prisionera de guerra la guarnición, que depondría las armas. Sólo doce mil hombres de línea y de milicia nacional quedarán en el encargo de custodiar la ciudad y responder del orden. Si el gobierno de París creía la resistencia inútil, la defensa imposible, pudo pactar con el extranjero por la ciudad; mas recluido cuatro meses en los muros, sin conocimiento del estado de Francia ¿pudo pactar por toda la nación?

Sin embargo, pactó. Ajustóse un armisticio que debe terminar, á no renovarse, el diez y nueve de Febrero á medio día. Los ejércitos beligerantes conservan sus posiciones, señalándose una línea de demarcación en el mapa, dentro de la cual obrarán como les parezca para conservar su respectiva autoridad. El puerto de Dunquerque es designado como línea del armisticio marítimo. Al Este se colocarán las naves alemanas, y al Oeste las

naves francesas. El armisticio tiene por objeto la reunión de una Asamblea, que declare la paz ó la guerra. Los franco-tiradores serán desarmados. La ciudad de París se proveerá de víveres libremente. Los prisioneros alemanes serán cangeados. Establécese un servicio de correos entre París y las provincias, que deberá pasar por Versalles, con la precisa condición de que todas las cartas vayan abiertas. ¡Abominable tratado! No puede abusarse más de la victoria.

La reunión de una Asamblea en esas condiciones, con tal celeridad vertiginosa, bajo el sable de los prusianos; ceñida de tropas enemigas la capital, ocupadas las mejores provincias; prisioneros de guerra quinientos mil electores; perseguidas y proscriptas de los territorios conquistados las familias más patrióticas; la reunión de una Asamblea en cuatro días, cuando los caminos de hierro están todos interrumpidos, y los caminos ordinarios borrados por el diluvio de la guerra, pareceme irrisión del derecho, burla sangrienta, escupida por el vencedor, ébrio de orgullo, á la frente de Europa.

Alsacia y Lorena ¿envían representantes? Nada se dice con claridad en el convenio de este punto capitalísimo. Si los envían, clamarán á una que no quieren dejar de ser franceses, como claman hasta las piedras de aquel suelo. Si no los envían, el resto de los departamentos se crearán sin autoridad para resolver sobre la suerte de hermanos suyos á

quienes no han oído. Y cuatro días para revisar las actas, para constituirse, para nombrar presidencia y gobierno, para enterarse de los recursos militares y financieros con que cuenta la nación, para deliberar sobre la política interior, para decidir la paz ó la guerra, problema inmenso, pavorosísimo, que interesa á la humanidad, á Europa, á todos los pueblos, problema que entraña en sí cuestiones innumerables, y que es un asunto de economía, de política, de ciencia, de observación, de estudio, de meditaciones profundísimas, pues al resolverlo, acaso se resuelva la dicha ó la desdicha de cien generaciones, la salud ó la ruina de la civilización universal sobre la faz de este planeta.

Me parece mentira que he de ver la tribuna francesa, ese altar de las ideas modernas; los oradores franceses, esos legionarios de la libertad; las Asambleas, que han difundido la revolución por el mundo, y sacado de las cadenas de los siervos, como chispas, las almas de los ciudadanos; me parece mentira que he de ver todos esos grandes representantes de la democracia, antiguo objeto de nuestro culto, profanados por los hulanos; deliberando entre la vibración de sus sables y el relincho de sus caballos; y volviéndose para decidir de la suerte de su patria á ver la hora suprema que les ha escrito con sangre francesa en la pared la huesosa mano de Bismark ¡oh afrenta!